

Suelo de historia. Cielo de historia

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ

*Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones
Universidad Rey Juan Carlos. Madrid*

Marguerite Duras recuerda en *El dolor* que, una vez que su entonces marido Robert Antelme terminó su libro *La especie humana* sobre su experiencia en los campos de concentración nazis, y se publicó, no volvió nunca a hablar del tema. Que incluso no volvió a pronunciar el título del libro. Y mucho menos leerlo. Las vivencias de Robert merecían adquirir forma y presencia escrita. Pero no ser leídas y, por lo tanto, evocadas.

Pero *El dolor*, sin embargo, fijó para siempre la experiencia y la ausencia de recuerdo del escritor francés. No se puede ignorar la presencia de la lectura en nuestra cultura. La lectura es condición de la historia. Y la historia una presencia permanente, y también un argumento recurrente, en la vida pública. En tiempos recientes, incluso las personalidades del accionar político y de gobierno más vinculados a la contemporaneidad más estricta no vacilan en invocarla, a veces en términos solemnes, y en ocasiones de manera directa, casi íntima,

vinculada a la identidad más profunda del ciudadano. Emmanuel Macron, por ejemplo, cierra su *Révolution. Réconcilier la France* con la invocación a la historia como parte esencial de todo cuanto nos constituye a "cada de uno de nosotros". En forma personal, y en forma comunitaria. Ciudadanos. Protagonistas de la historia.

Y lectores. Como José Carlos Muñoz, quien acaba de cerrar con brillantes calificaciones sus estudios del Doble Grado en Historia y Economía en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Este libro tiene su origen en el Trabajo Fin de Grado *El historiador como lector. Un discurso historiográfico desde la Ilustración a la posmodernidad*, que presentó con la finalidad de obtener el Grado en Historia. Le conocí en el primer año de la carrera, cuando impartía la asignatura *Deontología profesional e igualdad*. E inmediatamente me acordé del duque Felipe de Orléans, de "Felipe Igualdad", tal y como lo describía Grace Eliott en su *Diario de mi vida durante la Revolución Francesa*, y también tal y como habría de encarnarlo Jean-Claude Dreyfus para Éric Rohmer en *La inglesa y el duque*: como un hombre en donde se conjugaban la inteligencia, la bondad, y el temperamento moderado. Uno de esos espíritus libres y honestos que, en plena génesis de una Edad de cambio (como la nuestra) no son meros observadores, sino partícipes, racionales y reflexivos, de la transformación que se avecina y se plasma, pero a sabiendas de que el acontecer humano adquiere, muchas veces, propiedades torrenciales.

Por eso creo que la reflexión del autor sobre el historiador como lector adquiere especial interés, diría casi especial utilidad, en este tiempo. José Carlos Muñoz revisa escuelas historiográficas y evolución de las sensibilidades a partir de la Ilustración y muy especialmente a partir del "giro al sentimiento" que se produce como consecuencia de las revoluciones liberales, con su legado romántico, un giro sentimental profundamente enraizado en la manera de entender y de hacer

la Historia. Y aplica una óptica tan familiar como simple: el historiador del que se ocupa es todo historiador y todo el historiador, porque la dimensión de su actividad que aborda, una dimensión casi existencial, presente en todos y cada uno de los historiadores que han sido, es su actividad ordinaria como lector

Este libro encierra un examen riguroso y ampliamente documentado de la materia y sus protagonistas, desde el Karl Marx que ocupó una buena parte de su vida en la sala de lectura del Museo Británico hasta el Michel Foucault que se zambulló durante gran parte de su actividad científica en las fuentes literarias, y que en páginas maravillosas de su *Historia de la locura en la época clásica* se ocupó de identificar la "locura por identificación novelesca", sin duda presente en el supuesto de Alonso Quijano, pero siempre acechando la peripecia cotidiana del lector que sin solución de continuidad pasa de la serenidad a la compulsión.

Un lector, además, no se niega a sí mismo sus más personales querencias. Leemos lo que queremos, y en todas sus interpretaciones. José Carlos Muñoz no esconde su preferencia por dos autores a quienes, como Julio Cortázar a Glenda Jackson, "queremos tanto", como son Marc Bloch y Fernand Braudel. Y resulta sumamente interesante constatar cómo muchas de las lecturas predilectas de los historiadores más extensamente abordados por José Carlos Muñoz en su análisis coinciden, se diría que casi fielmente, con sus propias preferencias.

Este es un libro singular. Escrito por un lector voraz y, supuesto para mí raro, y admirable, ordenado y sistemático, que se ocupa de historiadores que, a su vez, leen. El centro de atención se ubica tanto en las lecturas como en los lectores. En la actividad y en sus consecuencias científicas. Pero, obviamente, como libro sobre los lectores, y no únicamente sobre las lecturas, es un libro sobre todos nosotros. En su reciente y maravillosa obra *Calle Este-Oeste*, Philippe Sands

recuerda la definición insuperable que Hersch Lauterpacht aportó cuando se ocupó de delimitar el objeto, sentido, significado y razón de ser del profesional de las ciencias jurídicas. Dijo entonces que "el ser humano individual es la unidad última de todo el derecho". Para el historiador, la centralidad de la condición humana, su vida y su dignidad, es la misma. Unidad exuberante e inabarcable. Principio y final. Pero la misma indiscutible primacía como escenario de la actividad científica y, por lo tanto, de servicio. Una actividad inseparable de la lectura. Una actividad cuyo protagonista es, por definición, lector.

Necesitábamos una reflexión monográfica sobre el lector y sus lecturas. José Carlos Muñoz nos aporta la suya. Sugestiva, como toda reflexión que se dirige a un ámbito que nos resulta familiar. En el caso de los historiadores, un espacio seguro por conocido. Imprescindible espacio. Nunca confortable. El "suelo de historia" de Williy Brandt. El cielo de historia mil veces imaginado y soñado por el lector. La pasión de historia que representa hoy, como siempre, el motor del proceso de civilización.

Madrid, 4 de julio de 2018